

EL MEDIOEVO

Es un lugar común que cuando se quiere denigrar algo, desde una idea o materia de estudio hasta una posición más que respetable ante la vida, o cuando se desea mortificar o menospreciar a una persona —considerado generalmente como un insulto

Jorge Enrique Guier

debido a la ignorancia de quien lo prefiere—, se indigue sin pensar, el epíteto de medioeval o que se pertenece a lo que se mal llama Edad Media, sin tomar en cuenta, que estos siglos de la vida histórica del hombre, fueron el momento crucial —sobre todo el siglo XII—, de donde brotó todo lo que este hombre es en la actualidad.

La Edad Media —puede que al comprimirse las ideas por falta de espacio llegue a parecer dogmático—, no es una época tenebrosa, tampoco es una era de atraso y pillería, y mucho menos, un momento estático en la historia, como si el hombre, desde el fin de la antigüedad clásica hasta la era de descubrimientos, se hubiera quedado intensos y largos diez siglos con la boca abierta, sin hacer nada y papando moscas. El Renacimiento —lo que se cree el final del Medioevo—, no es otra cosa que una continuación de la Edad

Media; es el momento en que más podría hablarse de la transparencia plena de ideas de la Edad Media, dando a luz un orden dentro de una jerarquía: durante todo el Renacimiento, más que una resurrección de lo grecorromano, es vida de lo medioeval.

La Edad Media es el tiempo generador en que se crearon los fundamentos de la Europa moderna, en que los Estados se hallaban en formación, y en que tuvieron su génesis las más queridas de nuestras creencias, aquellas por las cuales hasta la vida daríamos, y también nuestros prejuicios, por los cuales lucharíamos hasta la muerte. El concepto del hombre, su individualidad, su existencia y su vivir ético, las angustias ante la incomprensión del poder absorbente, el sentimiento caballeresco, monógamo y respetuoso del amor, la tragedia asqueante de lo erótico sin freno y desbordado, pleno de insatisfacciones, la búsqueda angustiada de un estado universal, panacea de los dolores humanos, e incluso la transformación de la Iglesia, son tonos de la vida del Medioevo, que de manera casi igual a los de aquella época, todavía se hacen presentes de manera viva en nuestro tiempo, en nuestro siglo XX.

La Ilustración —y no el Renacimiento—, con sus falsos axiomas de igualdad y libertad, vino a quebrar, para desdicha

del hombre, los conceptos de orden y jerarquía, creando las insatisfacciones de un mundo anárquico, dándole al hombre la visión de lo inexistente, por proclamar ideas sin la menor consistencia con la realidad. ¿Qué otra cosa sino la búsqueda de un nuevo orden y una nueva jerarquía es lo que desgasta al hombre del siglo XX?

Los ideales de la Edad Media, los que todavía tienen vigencia en el hombre contemporáneo, no se pueden ocultar y se hacen presentes a cada instante, tal como la consecución de la felicidad terrenal y la eterna bienaventuranza, aunque algunos filósofos, o pseudo filósofos, embobados con teorías pragmáticas, o entontecidos con cualquier invento reciente, con dejo de suficiencia y desprecio, cuando se habla de los verdaderos problemas de la vida, levantan los hombros con sorna y digan son actitudes o dicharachos medioevales.

Si se comprendiera a la Edad Media, no como una época de tránsito entre la antigüedad y la Ilustración, sino por lo que representa y vale en sí misma, como historia intensamente contemporánea, como el Profesor Barraclough dice, “podríamos entendernos mejor a nosotros mismos y a nuestros problemas y posibilidades”, ajustándonos a una nueva época histórica que reúne extraordinarias similitudes con el tono de vida medioeval.